

## Las cadenas y el absurdo nos hacen soñar la libertad

Lo absurdo está en aspirar libertad si no aprendemos a nutrirnos con las cadenas de la realidad

Lorena Valderrama Granada\*

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos

K. Marx y F. Engels.

*Manifiesto del partido comunista*



La diferencia entre el ser humano contemporáneo y una máquina es que estos artefactos fueron creados para servir indefinidamente; el ser humano, por otro lado, ha decidido creer en el discurso capitalista que enuncia el rendimiento como la razón del éxito: “Y así es como [...] [nos] acostumbraron con este misterio a una servidumbre voluntaria, al no saber qué dueño [tenemos] y averiguando difícilmente si realmente lo [tenemos]” (Gerbaudo, 2018, p. 14).

Citar este artículo como: Valderrama Granada, L. (2020). Las cadenas y el absurdo nos hacen soñar la libertad. *Revista Papeles*, 12(23), 39-43.

Fecha de recibido: 25 de marzo del 2020 Fecha de aprobado: mayo 20 de 2020

\* Lorena Valderrama Granada. Estudiante de Comunicación social y periodismo en la Universidad Externado. Amante de la poesía y el arte de inmortalizar a través de las letras. Disfruta relatar las sensaciones más bellas que acompañan nuestra vida como humanos. Correo electrónico: valderramasara3@gmail.com

La escuela dialoga con las instituciones en tiempos de pandemia

**Debemos entender, entonces, nuestro contexto actual como una realidad insípida que resume la vida del sujeto a la tarea de cumplir a una sociedad, a un Estado, a los estándares socialmente aceptados, como seres humanos caemos en el profundo y doloroso absurdo de satisfacer a todos menos a nosotros mismos.**

La escuela dialoga con las instituciones

Seres únicos, capaces en infinitas habilidades, cada una distinta en su desarrollo y forma, imposible limitarles a un aspecto técnico. ¿Por qué negar de forma automática, a través de tecnicismos, la esencia que en esto existe si la transformación de lo hábil en el ser humano pende de su relación con el *Dasein* (ser-estar, un sujeto en un contexto y tiempo determinado)? (Heidegger, 2008). El intento desmedido por imponer estamentos capaces de clasificar el desarrollo del ser como si de separar peras y manzanas se tratase muestra la crisis de identidad que padece el ser humano hace ya mucho tiempo. Cree que es todo y nada a la vez, segregado en categorías que él mismo ha inventado, que él mismo ha aceptado. Dueño del mundo, limitado a un pensamiento que considera enorme, mientras encasilla como “no relevante” información indispensable para entender o tratar de entender los fenómenos que nos rodean como sociedad, como raza en el mundo. Durante el confinamiento nos hemos potenciado como “el sujeto de rendimiento [que] se abandona a la libertad obligada o a la libre obligación de maximizar el rendimiento” (Han, 2012, p. 31), postula su propia habilidad a que tanto rinde en los marcos del capitalismo; pero no, no podemos arrojarla a cantidades, a resultados, a superficialidades numéricas que no son más que eso, números; son la calidad y autenticidad las que son capaces de construirnos verdaderamente

como seres humanos. ¿Por qué como sociedad hemos decidido dar la espalda a lo que nuestra esencia llama a cambio de cumplir con la pobre cuadrícula que nos ofrece el sistema?

La esencia llama lo que el alma del ser anhela. El punto en donde corazón, pasión y pensamiento se funden para dar forma a lo que hemos denominado habilidad, que en realidad es el desarrollo innato de nuestro *Dasein* puro. Cuando el individuo entiende esto, “En seguida [sabe] cómo [es] y quién [es], cómo [él] la necesita y cómo, también, [ella] le [es] necesaria” (Sábato, 1983, p. 60). ¿Por qué insistimos en negarnos? El desmedido amor que se tenga hacia aquello en lo que un ser se desempeña encontrará la irrefutable guía que consume el éxito que la sociedad exige, por supuesto, a través de un medio más real. La autoexplotación desmedida llenará bolsillos, mas no almas. En qué momento dejamos de pensar-nos como seres humanos para convertirnos a nosotros mismos en individuos cuyo valor se resume en la capacidad de producción. Mientras nuestras industrias evolucionan, el sujeto olvida la reflexión y se entrega a los brazos de aquello que la sociedad ha denominado “éxito”; la sentencia contundente de aquello que nos perfila a todos como individuos iguales; seres homogéneos cuyo punto de cohesión se encuentra en las cifras.

Debemos entender, entonces, nuestro contexto actual como una realidad insípida que resume la vida del sujeto a la tarea de cumplir a una sociedad, a un Estado, a los estándares socialmente aceptados, como seres humanos caemos en el profundo y doloroso absurdo de satisfacer a todos menos a nosotros mismos. Vamos en busca de la libertad, esa que nosotros mismos nos hemos negado. En este corto y abrumador periodo de pandemia nos arrodillamos ante nuestros oficios, aquellos que han roto con los horarios. El trabajo ha invadido toda intimidad existente, horas extra que no se reconocen, almuerzos a pedazos y, contrario a lo esperado, menos tiempo en familia. Podemos agregar la preocupación permanente de

no tener resultados suficientes que permitan a los individuos continuar “tranquilos” económicamente, aunque molidos en el interior, de mente cansada y una necesidad obligada de continuar. Ansiedad, depresión, pánico, temor; esto pasa a un segundo plano, el capitalismo no tiene tiempo ni dinero para solventar sentimientos mundanos que no significan ganancia en su reducido panorama. Transmutan, varían y se reinventan, las esencias jamás son fijas.

El mismo principio se aplica a todo el individuo, pues en una región donde se encuentran muchas especies de un mismo género —esto es, donde ha habido anteriormente mucha variación y diferenciación, o donde ha trabajado activamente la fábrica de esencias nuevas— (Darwin, 1921, p. 160).

Es ridículo encasillar a seres hermosos en apretadas cuadrículas, frías e insulsas, espacios vacíos de características limitadas, lo opuesto al ser humano. Definirlos como iguales en sus capacidades por venir de la misma tierra, pertenecer a un mismo seno, o tener un mismo color de piel; peor aún, que se les compare exigiendo los mismos resultados de cada uno. Nuestras experiencias individuales nos componen como seres, son distintas a las que ha vivido cualquier otro, lo que nos hace inigualables. Y aunque otra persona, por alguna extraña razón, comparta las experiencias que nosotros mismos hemos tenido, no afronta lo sucedido del mismo modo, parte de su esencia



deriva en sus habilidades, el contexto le abraza para permitir desarrollarlas. Cuando como sociedad decidimos ponernos en la guillotina dándonos la forma que el sistema exige, en ese punto, nos perdemos a nosotros mismos en el fangoso discurso de lo que, comercialmente, es la felicidad. Querer clasificar el desarrollo de cada persona, como lo dije anteriormente, es evidencia del desesperado afán que siente el ser humano hacia el control del todo, no solo las características que componen a una persona y la manera en que se intenta medir estas habilidades cuantitativamente; también, todo lo que lo rodea: animales, medio ambiente, sus semejantes, etcétera.

Los individuos fueron dioses de su propio camino; sin embargo, nuevos dioses los doblegaron, unos más fuertes, más grandes. Hemos decidido alabar al capitalismo por su indiscutible capacidad de hacernos creer en la libertad, esa que él mismo ha creado, esa que nosotros mismos hemos creído; por gusto, por obligación o por costumbre. Nos ha postrado ante él exigiendo el elixir bendito de nuestras santas almas, derrumba nuestros templos y obliga a cada dios a negarse a sí mismo para convertirse en un súbdito cualquiera. “Dios mueve al jugador, y éste, la pieza. ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de polvo y tiempo y sueño y agonía?” (Borges, 2016).

Cuando hablamos del ser humano y de su relación con el entorno vemos constantemente el intento fallido por mantener relaciones de poder que le permitan encontrarse en la punta de una pirámide que él mismo ha decidido alabar. En la sabana a un león se le respeta no por su dote de carnívoro o el tamaño de su cuerpo únicamente, es la solemnidad, la destreza y características del animal lo que hacen de él un ser respetable, un dios que no se vende ante otro. En el caso del ser humano, ha decidido que el mundo es un plato en el que solo se le sirve a él, puntualmente al individuo que tiene poder económico. Por ello se siente capaz de reducir al otro a cumplir con estereotipos sociales que exigen de estos un

rendimiento constante e ilimitado. La ilusión de libertad al compás de las cadenas.

Nos hemos encerrado en un círculo vicioso del que no hay escapatoria, un absurdo implacable al que Camus asemeja, en surgimiento y no en forma, a

Las grandes obras [que] nacen con frecuencia a la vuelta de una esquina o en la puerta giratoria de un restaurante. Lo mismo sucede con la absurdidad. El mundo absurdo más que cualquier otro extrae su nobleza de ese nacimiento miserable (Camus, 1942, p. 14).

Nos levantamos un día y ante los ojos de nadie aceptamos imposiciones sociales como un niño recibe un chocolate. No existe un fin en postular el éxito propio, las metas y sueños al escarnio público; pero lo hemos hecho. Te levantas un día consumido por un sistema que “objetiza” tu existencia, en respuesta lo aceptas viviendo así un Sísifo peor que el de la mitología. Constantemente buscamos que nuestros logros sean tomados como “correctos” por nuestras familias, por nuestros semejantes, por maestros, por la sociedad. Creímos en el discurso del capitalismo y ahora nuestra condena se resume en haberlo aceptado. Esa será la roca que subamos día tras día hasta que como individuos tomemos la decisión de salir de allí, anhelando entonces que estas acciones se repliquen y podamos transformar el errado concepto que tenemos en la relación rendimiento-éxito.

Para entender mejor la trascendencia social que ha tenido este discurso podemos acudir a Corine Pelluchon, quien nos invita a reflexionar sobre lo que la relación hombre-animal nos dice del ser humano. “Los cambios en nuestras relaciones con los animales, al afectar profundamente nuestra relación con nosotros mismos, pueden orientarnos hacia ese concepto del sujeto que buscamos y hacia esa otra democracia que esperamos” (Pelluchon, 2018, p. 195). El reflejo del hombre está claramente marcado en la forma de relacionarse

**Constantemente buscamos que nuestros logros sean tomados como “correctos” por nuestras familias, por nuestros semejantes, por maestros, por la sociedad. Creímos en el discurso del capitalismo y ahora nuestra condena se resume en haberlo aceptado.**

con los animales y es muy acertado decir que el hombre se ve desnudo en esencia por la forma en que trata a un animal, ya que es de esa misma forma como se concibe a sí mismo. Ocurre algo similar en la relación con otros seres humanos. Si buscan exprimarnos hasta la última gota porque “nos encontramos en casa” y “hay más tiempo”, es una prueba irrefutable de que aquellos que exigen este nivel de rendimiento, jamás se sintieron suficientes con sus propios logros o simplemente son incapaces de ver a sus semejantes como algo más allá de un objeto que produce dinero.

Desde el principio hablamos de una crisis de identidad en la humanidad, de su necesidad inherente por apropiarse del absurdo y caer en estereotipos que le imponen obligaciones que este percibe como libertades individuales; pero, ¿en qué punto podemos relacionar esto con lo que Pelluchon y Darwin nos han dicho? Históricamente el ser humano le ha temido siempre a lo distinto, se ha llenado de “adornos” que persigue con arraigo, no por su valor, sino por el estatus que estos le pueden otorgar, con el fin de crear un ideal de ser perfecto que, aunque se ha ido transformando con el paso del tiempo, nos ha dejado más que clara la necesidad que siente el ser humano por sublevar una raza que le permita a otra sentirse poderosa, absoluta (el gran Sísifo de nuestros

tiempo). Negando así la vulnerabilidad que en nosotros descansa. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis atentaron contra la autonomía del pueblo y los judíos, específicamente, para más tarde deshacerse de la responsabilidad que les cayó como piedras en la cabeza luego de que el mundo abriera los ojos y se encontrara con uno de los magnicidios más grandes de la historia.

Pese a que somos iguales, en derechos y capacidades, el sujeto ha centrado su vida en pasar por alto características que nos cohesionan como seres humanos cuando se trata de mirar a sus semejantes. Si bien nuestra esencia varía dependiendo de cada uno de nosotros, hay rasgos que compartimos, aunque no los

manifestemos del mismo modo: el amor, la tristeza, el respeto, entre muchos otros más. Esto demuestra la clara necesidad del ser, un ser que no se conoce a sí mismo, pertenece a todo y a nada, carece de un lugar específico en el mundo que él mismo ha creado, un absurdo inmenso que nos ha consumido como sociedad. “Trágica expectativa en occidente, donde la posibilidad es haber sido o pretender ser” (Ferrer-Corredor, 1989, p. 30). Acciones de este tipo no son más que un intento vacío por encontrar una identidad capaz de encajar en el sistema capitalista, aquella que le permita estar en el sitio que por siglos ha buscado, pese a que el resto del mundo le ha dejado claro que esa no es su posición dentro de la existencia común.

## Referencias

- Borges, J. (10 de julio de 2016) *Ajedrez*. Bogotá: *Revista Arcadia*. <https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/borges-ajedrez-poema/49731/>
- Camus, A. (1942). *El mito de Sísifo*. <https://dokumen.pub/el-mito-de-sisifo.html>
- Darwin, C. (1921). *El origen de las especies: por medio de la selección natural*. Tomo I. Madrid: CSIC.
- Ferrer-Corredor, E. (1989). *La palabra poética: Antorcha de revelación*. En: *Revista Común Presencia*, 1(1), 30-35. Bogotá: Común Presencia Editores.
- Gerbaudo, A. I. (2018). La “servidumbre voluntaria.” *El Taco En La Brea*, 2(8), 2–11. <https://doi.org/10.14409/tb.v1i8.7739>
- Han, B.C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial.
- Heidegger, M. (2008). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta.
- Pelluchon, C. (2018). El fin de cierto discurso sobre lo propio del hombre y la responsabilidad. II. *Manifiesto animalista*. (pp. 175 – 195). Barcelona: Reservoir Books.
- Sábato, E. (1983). *El Túnel*. Barcelona: Seix Barral.